
Discurso de apertura del Presidente Álvaro Lario

Signatura: GC 49/INF.7/Rev.1

Fecha: 10 de febrero de 2026

Distribución: Pública

Original: Árabe/Español/Francés/Inglés

Para información

Sr. Presidente del Consejo,
 Excelencias,
 Distinguidos Gobernadores y Gobernadoras,
 Amigos, amigas y colegas:

En nombre de todo el equipo del FIDA, permítanme darles la bienvenida al 49.º período de sesiones de nuestro Consejo de Gobernadores.

Una vez más, nos reunimos en Roma en un momento de gran importancia. El panorama geopolítico es el más complejo desde hace décadas. Cambian las alianzas, se replantean las relaciones y el sistema multilateral se adapta a nuevas realidades.

Lo que no ha cambiado es la presión continua que soportan las personas del medio rural y los sistemas alimentarios: perturbaciones climáticas recurrentes, una fragilidad cada vez mayor y una subinversión persistente. Esos factores ponen en aprietos, en primer lugar, a los productores, a los trabajadores agrícolas y a las empresas rurales y, cuando el “primer kilómetro” se somete a tensión, se resiente todo el sistema alimentario.

Al mismo tiempo, el propio sistema internacional que sustenta la financiación para el desarrollo está sometido a tensión financiera. Por esa razón, el momento actual exige una evolución y, por esa misma razón, en el FIDA venimos modernizando nuestra forma de trabajar, para que podamos cumplir nuestro mandato a mayor escala, a mayor velocidad y con mayor impacto.

Hemos reforzado nuestra arquitectura financiera, afinado nuestro modelo operativo y dado prioridad a asociaciones con el sector privado que pueden aportar pericia y capital adicional. De ese modo cumplimos el mandato del FIDA: siendo ágiles en un mundo en transformación, pero sin separarnos ni un ápice de nuestro mandato y de las comunidades que dependen de nosotros.

El modelo de financiación del FIDA está concebido para generar un efecto de palanca. Los recursos que aportan nuestros Miembros no se desembolsan sin más; se multiplican. Fortalecen nuestro balance, atraen a nuevos asociados y se traducen en inversiones a largo plazo en las economías rurales, que son el tipo de inversión que crea empleo, eleva los ingresos y aumenta la resiliencia.

Con la FIDA14 que estamos poniendo en marcha, afinamos nuestro enfoque en lo que denominamos “financiar el primer kilómetro”, donde los pequeños productores y los emprendedores rurales generan los alimentos, el empleo y la actividad económica local de la que depende el resto del sistema alimentario.

Por tanto, la FIDA14 no es una mera reposición de recursos; es una inversión oportuna y de gran impacto en estabilidad y en oportunidades en un momento de creciente incertidumbre mundial. Ayudará a los países a hacer frente a las causas profundas de la inseguridad alimentaria, la pobreza rural y la inestabilidad, incluso en entornos afectados por la fragilidad y por los fenómenos climáticos extremos, a través de un modelo ya probado que convierte las contribuciones en un impacto sostenido y mensurable.

Para mantener esta inversión en seguridad alimentaria y estabilidad, tendremos que saber desenvolvernó en un entorno internacional más pragmático y guiado por intereses. Ello exige resultados claros, decisiones y concesiones disciplinadas y enfoques nuevos. Emprendimos juntos este camino hace ya varios años. Hoy, nuestra tarea es mantener el rumbo, acelerar y redoblar los esfuerzos en aquello que funciona.

Como institución financiera internacional dedicada a invertir en la población rural, seguimos viendo en ustedes, nuestros Estados Miembros, el fundamento de nuestra solidez financiera, de nuestra legitimidad y de nuestro liderazgo. Ustedes fijan expectativas ambiciosas en lo que a resultados mensurables se refiere. Como asociados, nos aportan el capital y la

confianza que permiten al FIDA invertir allí donde otros vacilan, es decir, en las zonas remotas, en los contextos de fragilidad y en las comunidades que son el primer eslabón de todas las cadenas de valor alimentarias.

Su apoyo colectivo permite que las comunidades rurales se conviertan en motores de crecimiento económico. Ayuda a que las cadenas de valor locales enlacen con los mercados nacionales e internacionales, de modo que los pequeños productores puedan abastecer a las empresas de procesamiento, a los minoristas y a las grandes compañías alimentarias, sacar más provecho a su trabajo y resistir las perturbaciones climáticas, como las inundaciones, las sequías y las olas de calor extremo.

Sin duda, vivimos tiempos complicados. Pero, con su orientación y su colaboración, estoy convencido de que estamos posicionando al FIDA para que mantenga su papel fundacional: impulsar la inversión en las economías rurales y lograr impacto en el “primer kilómetro”.

Este período de sesiones del Consejo de Gobernadores se centrará en prioridades que obedecen tanto a la urgencia como a la oportunidad. Entre esas prioridades destaca la inversión en la juventud, no como personas beneficiarias situadas en la periferia, sino como líderes situados en el centro mismo de la transformación rural.

Hoy, los jóvenes constituyen la generación más numerosa de la historia. En el mundo hay aproximadamente 1 300 millones, muchos de ellos en países de ingresos bajos y en desarrollo, y al menos la mitad reside en zonas rurales. Sin embargo, con demasiada frecuencia se enfrentan a un déficit de oportunidades: una brecha entre su potencial y la inversión, los servicios y la financiación disponibles para convertir ese potencial en un empleo productivo.

Si no invertimos, corremos el riesgo de perpetuar un ciclo de baja productividad, migración impulsada por la necesidad y aumento de las desigualdades. Si invertimos acertadamente, generamos oportunidades allí donde más se necesitan y, al mismo tiempo, reforzamos las competencias, las empresas y las instituciones locales que mantienen la competitividad de las economías rurales.

Cerrar esa brecha supone mucho más que apoyar a las personas a título individual: contribuye a reforzar la seguridad alimentaria, a reducir los factores de inestabilidad y a impulsar el crecimiento. Y si lo hacemos con una mirada de futuro, los jóvenes podrán desempeñar un papel central en la transformación de la agricultura y de los sistemas alimentarios del mañana.

Por ello, ponemos el acento en el emprendimiento rural y en la creación de empleos decentes a lo largo de toda la cadena de valor; no solo en la producción agrícola, sino también en el almacenamiento, la transformación, la logística, la comercialización y la exportación. Es en esos segmentos donde los incrementos de la productividad se traducen en ingresos y donde pueden crearse a gran escala empleos de alto valor añadido.

Las personas jóvenes emprendedoras aportan energía, competencias digitales y creatividad. El FIDA puede contribuir a transformar esos activos en empresas viables invirtiendo en formación, acceso a la financiación, vínculos con los mercados y redes que permitan a las empresas rurales desarrollarse. No se trata simplemente de respaldar proyectos; se trata de reforzar la productividad rural como pilar de la seguridad alimentaria mundial.

La presión va en aumento. De aquí a 2050, el mundo necesitará producir mucha más comida. Así pues, invertir en las personas jóvenes emprendedoras no es una opción; es una obligación si queremos construir sistemas alimentarios sostenibles y resilientes.

Cuando hablamos de la juventud, debemos hablar también de las mujeres jóvenes. Las mujeres representan el 36 % de la mano de obra agrícola mundial y son fundamentales en los sistemas alimentarios. Sin embargo, las desigualdades siguen limitando sus oportunidades, su productividad y su capacidad de generar bienes.

Las mujeres representan más de la mitad de las personas participantes en los proyectos del FIDA. Pero sigue habiendo barreras: el acceso desigual al crédito y a los insumos, mayores cargas en forma de cuidados no remunerados y menores oportunidades de acceder a mercados rentables. Reducir esas brechas es una de las vías más rápidas y justas de elevar la productividad y aumentar la resiliencia.

Por ello reviste tanta importancia la designación de 2026 como Año Internacional de la Agricultora. Es una oportunidad de reconocer el protagonismo de las agricultoras y de comprometernos a adoptar las medidas concretas que aumentan sus oportunidades: acceso a financiación y formación, derechos asegurados con respecto a la tierra y los recursos, y mejores conexiones con los mercados y los servicios.

La experiencia del FIDA es clara: cuando las mujeres disponen de acceso a financiación y a destrezas, mejoran los efectos directos y los resultados para los hogares, las comunidades y las economías rurales. A lo largo de casi cinco decenios, hemos constatado aumentos mensurables de los ingresos, de la productividad y de la participación en los mercados allí donde se apoya a las mujeres para que puedan liderar e invertir.

El FIDA se aproxima a su 50.º aniversario y también nos merecemos un momento para celebrar nuestra excepcional contribución y, lo que es más importante, que esta es una contribución compartida con nuestros Estados Miembros y con las poblaciones rurales a las que atendemos.

Somos la única institución financiera internacional que tiene el mandato expreso de trabajar en el “primer kilómetro”, mano a mano con las comunidades rurales. Décadas de asociación con los Gobiernos y con las instituciones locales —entre otros lugares, en zonas remotas y frágiles donde la inversión es muy necesaria— han hecho del FIDA un actor de confianza sobre el terreno y un asociado preferente.

Desde nuestra creación en 1977, hemos ayudado a transformar la vida de cientos de millones de habitantes del medio rural. En los próximos meses, daremos a conocer cómo nos proponemos conmemorar nuestro 50.º aniversario, no como homenaje al FIDA en solitario, sino en reconocimiento de lo que podemos lograr cuando los Miembros, los asociados y las comunidades rurales invierten juntos en una misma misión.

Todos invertimos en esta misión, y el éxito en ella será el éxito de todos.

Gracias por su atención.